



www.loqueleo.com

Los mejores relatos de terror llevados al cine

© De la selección, prólogo y notas introductorias: 2005, Juan José Plans
© Robert Louis Stevenson, “Los ladrones de cadáveres”. Madrid. Alianza Editorial, 1991
© Alexéi Konstantinovich Tolstoi, “La familia del ‘vurdalak’”. Madrid. Ediciones Siruela. Traducción de Francisco Torres Oliver, 1992
© Daphne du Maurier, 1952
© Curtis Publishing Co, 1951 / Ray Bradbury, 1979
© George Langelaan, “La mosca”. Barcelona. Noguer y Caralt, 2001
© Edgar Allan Poe, “El gato negro”, *El escarabajo de oro y otros relatos*. Madrid. Relato Corto, Aguilar, 1994.
© De esta edición:
2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501
Teléfono (571) 7057777
Bogotá — Colombia
www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
• Editorial Santillana, S.A. de C.V.
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, CP 03240,
Distrito Federal, México.
• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-508-5
Impreso en Colombia
Impreso por Editora Géminis S.A.S.

Primera edición: México, 2008
Primera edición en Loqueleo Colombia: febrero de 2016
Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2017

Dirección de Arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega
Diseño de cubierta:
Sandra Restrepo / www.ladamaroja.org

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Los mejores
RELATOS DE TERROR
llevados al cine



Bradbury - Du Maurier - Langelaan - Poe - Stevenson - Tolstoi



Prólogo

“Hay otros mundos, pero están en este”, escribió el poeta Paul Éluard. Mundos en los que lo fantástico —aunque no pueda eludir totalmente la realidad— nos ofrece la oportunidad de contar con una tercera vida, y es que el hombre vive tres veces: una, cuando está despierto; otra, cuando duerme, y durmiendo tiene sueños, puede que también pesadillas. La tercera es la que resulta de la interrelación de las otras dos mediante la imaginación.

El terror —el miedo muy intenso— no está ausente de las dos primeras vidas. Todos, tanto despiertos como dormidos, hemos sentido miedo en alguna ocasión, no sólo involuntariamente sino también voluntariamente, por la seducción del riesgo. En la tercera vida lo bueno es que, el terror, por muy grande que sea, lo tenemos controlado. Porque, aunque esté basado en lo real, o en lo onírico, es de ficción.

El miedo, también en los animales, es una alarma que nos ayuda a evitar, o que intenta que evitemos, situaciones de peligro. Una alarma ancestral para beneficio de nuestra supervivencia. Dicen los psiquiatras que el mie-

do es sano, pero el miedo, téngase bien presente, que no escapa a nuestro control. Y lo es, aunque suene paradójico, para hacer frente al miedo. El de ficción —literatura, cine, televisión...— es para pasárnosla *de miedo* con miedo y, además, nos sirve como mecanismo para combatir al verdadero. Es decir, esta antología le sentará muy bien al lector, tanto para su cuerpo como para su mente.

Muchos de los grandes maestros de la literatura universal han escrito obras de terror —sobre todo relatos— y los han dedicado totalmente al género, que no tiene ni menos ni más valor que los otros, porque una creación literaria no se juzga por el género al que pueda pertenecer y sí por su calidad. Seis de tales autores figuran en esta antología —tres del siglo XIX, cuando los cuentos de terror alcanzaron una gran popularidad, y tres del siglo XX, cuando a tales cuentos se les reconoció la calidad que antes se les negara—. De cada cual hemos elegido uno de sus relatos terroríficos más significativos. Sobresalientes en cuanto a lenguaje y original argumento. Responden, sin excepción, a lo expuesto por Guy de Maupassant, aunque con distintos estilos y no menos distintas temáticas: “El miedo [...] es algo espantoso, una sensación atroz, como una descomposición del alma, un horrible espasmo del pensamiento y del corazón, cuyo mero recuerdo provoca estremecimientos de angustia”.

Los cuentos de este libro son una buena muestra de la escritura de sus autores, dominadores de un lenguaje con el que logran empavorecernos: la intriga, el misterio, el horror, el suspense... está oculto, presto a catapultarse,

tras cada palabra, certeramente utilizadas para alcanzar agobiantes atmósferas, enigmáticos personajes con los que el clímax alcanza cotas pavorosas, como en las obras de Lovecraft (“decrepitud, suciedad y ruina”, “arrugadas y solitarias figuras”, “extraño desasosiego”, “apestoso tufo a perversidad”), para quien el miedo “es la emoción más antigua y más intensa de la humanidad”.

No todos los miedos siguen idénticos caminos. Los relatos de Stevenson, Poe y Tolstoi están enraizados en lo sobrenatural, no así los de Bradbury, Du Maurier y Langelaan. En estos tres últimos, el horror que sentimos es el horror a nosotros mismos. En cada siglo nacen nuevos terrores. Los de los autores del siglo XX corresponden a su siglo; tendentes hacia el horror cósmico.

Robert Louis Stevenson, en *El ladrón de cadáveres*, nos sobrecoge recurriendo al miedo primitivo de los vivos a los muertos, un temor que según Sigmund Freud es de siempre. Otro terror ancestral es el que nos espanta en *El gato negro* de Edgar Allan Poe: el miedo a los animales. La zoofobia es tan antigua como la humanidad. Pero, en este caso, el horror al gato —ailurofobia— no es lo que angustia al personaje, sí lo que el felino simboliza. Alexéi Konstantinovich Tolstoi nos habla de un vampiro, siniestra figura del folclore de los pueblos eslavos, uno de los mitos del terror.

Ray Bradbury escribe acerca del horror de la soledad, un horror que cada vez se apodera de más personas. George Langelaan, de los peligros de la ciencia. Y Daphne du Maurier, del mayor de los miedos: el de un apocalipsis

debido a nosotros mismos. Porque, en el fondo, de eso se trata el cuento.

Hay muchos más miedos, pero los tratados por los autores de este libro sirvan como ejemplo de un género literario que no podría existir sin una alta dosis de poesía, en la que se refugia lo desconocido. Un género con el que se sugiere más que se muestra. Porque las sombras inquietan más que la oscuridad. La niebla adquiere el valor de la duda. El miedo llama a la puerta, pero no la derriba. Cada uno, en la mente, al serle sugerido el terror, lo engrandece al vivirlo según sus miedos.

Con este libro se vivirán —porque, al leerlas, se viven— espeluznantes situaciones: en un aislado cementerio, en una noche negra, en busca de un cadáver; al descubrir que en un sótano se ha emparedado a un maligno y vengativo ser; cuando alguien que ama intente clavarle los colmillos para saciar su sed de sangre; cuando un monstruo surja de las aguas que rodean un solitario faro; al comprobar en qué se convirtió tras un experimento científico; al ser atacado por, hasta ese momento, inocentes pájaros.

Si terroríficos son los relatos que componen esta antología, terroríficas son sus adaptaciones cinematográficas; pequeñas o grandes joyas de la historia del cine, que desde su principio se ha sentido atraído por el terror: *Los ladrones de cadáveres*, de Robert Wise; *Satanás*, de Edgar G. Ulmer; *La familia del vurdalak*, de Mario Bava; *El monstruo de tiempos remotos*, de Eugène Lourié; *La mosca*, de Kurt Neumann; *Los pájaros*, de Alfred Hitchcock. Pelícu-

las rodadas con la misma sutileza con la que escribieron sus autores los cuentos en que se inspiran.

Y ya, si el lector se atreve, y no dudamos de que lo hará, recomendamos leer estos relatos para pasársela como desea: de miedo con miedo. Además, ya sabemos, el ser presa del miedo que se puede controlar es bueno tanto para el cuerpo como para la mente: no creo que se pueda pedir más, acaso un té de tila.

Juan José Plans **11**

Prólogo

Los ladrones de cadáveres

Robert Louis Stevenson

Todas las noches del año nos sentábamos los cuatro en el pequeño reservado de la posada George en Debenham: el empresario de pompas fúnebres, el dueño, Fettes y yo. A veces había más gente; pero tanto si hacía viento como si no, tanto si llovía como si nevaba o caía una helada, los cuatro, llegado el momento, nos instalábamos en nuestros respectivos sillones. Fettes era un viejo escocés muy dado a la bebida; culto, sin duda, y también acomodado, porque vivía sin hacer nada. Había llegado a Debenham años atrás, todavía joven, y por la simple permanencia se había convertido en hijo adoptivo del pueblo. Su capa azul de camelote era una antigüedad, igual que la torre de la iglesia. Su sitio fijo en el reservado de la posada, su conspicua ausencia de la iglesia y sus vicios vergonzosos eran cosa de todos sabidas en Debenham. Mantenía algunas opiniones vagamente radicales y cierto pasajero escepticismo religioso que sacaba a relucir periódicamente, dando énfasis a sus palabras con imprecisos manotazos sobre la mesa. Bebía ron, cinco vasos todas las veladas; y durante la mayor parte de su diaria visita a la posada

13

permanecía en un estado de melancolía y estupor alcohólico, siempre con el vaso de ron en la mano derecha. Le llamábamos el doctor, porque se le atribuían ciertos conocimientos de medicina, y en casos de emergencia había sido capaz de entablillar una fractura o reducir una luxación; pero, al margen de estos pocos detalles, carecíamos de información sobre su personalidad y antecedentes.

Una oscura noche de invierno —habían dado las nueve algo antes de que el dueño se reuniera con nosotros— fuimos informados de que un gran terrateniente de los alrededores se había puesto enfermo en la posada, atacado de apoplejía, cuando iba de camino hacia Londres y el Parlamento; y por telégrafo se había solicitado la presencia, a la cabecera del gran hombre, de su médico de la capital, personaje todavía más famoso. Era la primera vez que pasaba una cosa así en Debenham (hacía muy poco tiempo que se había inaugurado el ferrocarril) y todos estábamos convenientemente impresionados.

—Ya llegó —dijo el dueño, después de llenar y encender la pipa.

—¿Quién? —dije yo—. ¿No querrá usted decir el médico?

—Precisamente —contestó nuestro posadero.

—¿Cómo se llama?

—Doctor Macfarlane —dijo el dueño.

Fettes estaba acabando su tercer vaso, sumido ya en el sopor de la borrachera, unas veces asintiendo con la cabeza, otras con la mirada perdida en el vacío; pero con el sonido de las últimas palabras pareció despertarse y repitió dos veces el apellido “Macfarlane”: la primera

con entonación tranquila, pero con repentina emoción la segunda.

—Sí —dijo el dueño—, así se llama: doctor Wolfe Macfarlane.

Fettes se serenó inmediatamente; sus ojos se aclararon, su voz se hizo más firme y sus palabras más vigorosas. Todos nos quedamos muy sorprendidos ante aquella transformación, porque era como si un hombre hubiera resucitado de entre los muertos.

—Les ruego que me disculpen —dijo—; mucho me temo que no prestaba atención a sus palabras. ¿Quién es ese tal Wolfe Macfarlane?

Y añadió, después de oír las explicaciones del dueño:

—No puede ser, claro que no; y, sin embargo, me gustaría ver a ese hombre cara a cara.

—¿Lo conoce usted, doctor? —preguntó boquiabierto el empresario de pompas fúnebres.

—¡Dios no lo quiera! —fue la respuesta—. Y, sin embargo, el nombre no es nada corriente; sería demasiado imaginar que hubiera dos. Dígame posadero, ¿se trata de un hombre viejo?

—No es un hombre joven, desde luego, y tiene el pelo blanco; pero sí parece más joven que usted.

—Es mayor que yo, sin embargo; varios años mayor. Pero —dando un manotazo sobre la mesa— es el ron lo que ve usted en mi cara; el ron y mis pecados. Este hombre quizá tenga una conciencia más fácil de contentar y haga bien las digestiones. ¡Conciencia! ¡De qué cosas me atrevo a hablar! Se imaginarán ustedes que he sido un